

Un oscuro manual hispano de mitología: la Epítome de las fábulas de la Antigüedad de Juan de Piña (Madrid, 1635)

Vicente CRISTÓBAL

RESUMEN

Noticia sobre este manual de mitología antigua, del siglo XVII, casi desconocido, que resume servilmente el tratado mitográfico de Pérez de Moya y que no ha tenido influencia ni trascendencia alguna.

SUMMARY

Information about this XVIII century mythological handbook, almost unknown, which slavishly sums up the Pérez de Moya's mythographical treatise and which has had neither influence nor transcendence.

En la Biblioteca Nacional de Madrid, al menos, se conserva un ejemplar de la *Epítome de la primera parte de las fábulas de la Antigüedad*¹, obra de Juan de Piña («escrivano de Provincia, de la Casa y Corte de su Magestad, Notario y Familiar del Santo Oficio»), publicada en Madrid, en la imprenta del Reino, en el año 1635.

A su autor no hay que confundirlo con otro Juan de Piña (*Ioannes de Pina*) del que nos informa Nicolás Antonio en la *Bibliotheca Nova*: coe-

¹ El título, en realidad, continúa: *con una glossa en cada una, y la de Endimión y la Luna sin epítome*. Curiosamente en la «Suma del privilegio» se lee el siguiente título, con variación importante sobre el que figura en portada: *Epítome a las fábulas de Ovidio y Filosofía secreta de Moya*. La signatura de este libro en la B. N. es: R/15608.

táneo del anterior (1582-1657), jesuita, buen conocedor de la obra de los Santos Padres griegos y latinos y autor de unos *Comentarios al Eclesiástico* en 5 volúmenes, publicados en Lyon (1630-1648).

Del Juan de Piña escribano, que aquí nos interesa, sabemos que era muy amigo de Lope de Vega (a él le dedicó Lope, por ejemplo, algunas de las composiciones contenidas en *La Filomena*), pero seguramente una de las noticias más sustanciosas que tenemos sea ésta extraída de la aprobación a la *Epítome*, firmada por don Juan de Jáuregui en 1628:

El alentado y nunca ocioso ingenio de Juan de Piña, conocido ya por otros libros, ha querido en este (que V. A. me manda ver) aplicar sus discursos y pensamientos a diversas fábulas antiguas, que refiere y observa brevemente, de cuya noticia pueden muchos aprovecharse y nadie ofenderse. Espera que V. A. le honre como siempre, dando licencia para imprimirlas, y es mi parecer que lo merece. Madrid quatro de Junio 1628. Don Juan de Xauregui.

Dos obras más de él, por lo menos, nos han quedado: *Novelas exemplares y prodigiosas historias*² y *Casos prodigiosos y cueva encontrada*³. Y el mismo autor en el prólogo a la obra de que aquí damos noticia dice que ése es su quinto libro e informa además acerca del sexto y del séptimo que ya estaban también en la imprenta y llevaban por títulos los siguientes: *Dichas y desdichas de la vida* y *Epítome a la historia del señor rey don Juan el segundo*⁴.

¿De qué trata y qué juicio merece la obra en cuestión? La *Epítome* es un compendio de mitología clásica basado en el manual de Juan Pérez de Moya, *Philosophía secreta*, publicado por primera vez cincuenta años antes (en 1585) y fundado a su vez —como se sabe— en las obras mitográficas de Boccaccio, el Tostado y Natale Conti⁵. No tiene el resumen de Juan de Piña

² Publicada en Madrid, en 1624. Hay ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid (signatura: R/2344). Son seis relatos en total: *La duquesa de Normandía*, *El zeloso desengañado*, *Los amantes sin terceros*, *El casado por amor*, *El engaño es la verdad*, *Amar por exemplo*, *El matemático dichoso*. Añade finalmente un *Epílogo de estas Novelas*.

³ Publicada en Madrid 1628-1629. Hay también ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid (signatura: R/14569-70). Véase G. Formichi, *Le «Novelas Exemplares y prodigiosas historias» di Juan de Piña*, Florencia 1967.

⁴ Dice así su testimonio:

Este libro que es el quinto, y será el sexto: *Dichas y desdichas de la vida*, y el séptimo: *El epítome a la Historia del señor rey don Juan el segundo*, que ya se imprimen...

⁵ Véase la introducción reciente de C. Clavería a su edición de Pérez de Moya (Madrid, Cátedra, 1995), pp. 20-36. Para la relación entre Pérez de Moya y el Tostado, cf. además Pilar Saquero-T. González Rolán, «Las *Questiones sobre los dioses de los gentiles* del Tostado: un documento importante sobre la presencia de G. Boccaccio en la literatura medieval española», *CFC* 19 (1985) 85-114; y más recientemente, la introd. a la edición de ambos de la mencionada obra del Tostado (Madrid, Ediciones Clásicas, 1995). Para la relación de Pérez de Moya con Boccaccio y Natale Conti, v. M.^ª C. Álvarez Morán-R. M.^ª Iglesias Montiel, «La *Philosophía secreta* de Pérez de Moya: la utilización de sus modelos», en *Los humanistas españoles y el humanismo europeo*, Murcia 1990, pp. 185-189.

apenas originalidad, si no es la sustitución de las «declaraciones» de Pérez de Moya (donde se interpreta el mito, por lo general, de forma alegórica o evemerística) por unos comentarios moralizantes, tal vez personales, con menos elucubración, más prácticos y más breves, aunque en un castellano oscuro y recortado, y por tal difícil. Su prosa es, en efecto —y especialmente en estos comentarios a los mitos, más que en el relato propiamente dicho de los mismos—, retorcida, estridente, forzada, pedante, huera, carente de toda gracia, mesura y gravedad. Su principal rareza, no obstante, es poner todos sus materiales bajo la autoridad de un tal Juan Bernardo, al que con más frecuencia llama «el descontento». Sabiendo que toma directamente sus relatos de Juan Pérez de Moya, uno podría pensar en un primer momento que este «Juan Bernardo» no es otro que el autor de la *Philosophía secreta*. Pero ocurre que esta especie de heterónimo, o lo que quiera que sea, aparece también mencionado como personaje (sin duda ficcional) en otra de sus obras, la titulada *Casos prodigiosos y cueva encantada*, que antes hemos citado⁶, de manera que habrá que suponer que se trata sólo de una invención, de un recurso literario (el de la fuente inventada), sin que el tal Juan Bernardo se identifique con nadie en concreto ni designe a ningún autor real. Otro misterio es por qué lo llama «el descontento»: tal vez —entendemos— porque se muestra crítico de la mitología, tal vez porque, habiendo eliminado Juan de Piña buena parte de las alegorizaciones de Pérez Moya, casi exigidas por la mentalidad postridentina como condición de aceptación de los mitos antiguos, no quedaba sino mostrarse «descontento» frente a la materia de esos mitos como medio para justificar su narración y recuerdo. Es ésta la única explicación que se nos ocurre, si es que no lo explica todo la pura gratuidad.

Merecidamente esta obra no ha tenido ningún eco y con no poca razón ha pasado desapercibida e ignorada. No obstante, como testimonio que es de atención a la mitología clásica y como eslabón de una larga cadena de tradición que se remonta hasta las fuentes antiguas, y en especial las *Metamorfosis* ovidianas, la traemos aquí para hacer de ella algunas breves consideraciones.

En primer lugar habría que señalar la falta de oportunidad con que se escribe y publica. No añade apenas nada, como decimos, al manual de

⁶ Dice así, por ejemplo en la pág. 1v. de la anteriormente citada edición de 1628-29:

El aventurero don Juan Bernardo determinó en el primero discurso que despreció rudimentos peregrinar el mundo, penetrar secretos, maravillas y sutilezas del ingenio y desvelo, no ignorar lo político más remoto, costumbres, leyes, inclinaciones, nervios para las guerras, consejos y gobiernos en las paces, materias de estado que observan las provincias y reinos y a dar (si pudiese) una vuelta al mundo por el temido estrecho de Magallanes, no temido de aquel prodigioso Palinuro español.

Era el caballero don Juan Bernardo muy rico (que no luce el que es pobre) y prevenido para el viaje de suficiente cantidad de escudos y joyas, que parecían del mayorazgo del Sol, elegido para la mitad de su alma el valiente Ricardo, su amigo y pariente, que del nacer al morir habían jurado eternas paces, hasta allí firmes...

Pérez de Moya. Y, por si fuera poco, había aparecido en castellano, hacía sólo unos pocos años antes de su publicación, un segundo manual de mitología, el *Teatro de los dioses de la gentilidad* de Baltasar de Vitoria (de 1620). Ni por su contenido ni por su estilo podría de ningún modo competir con esos dos tratados una obra tan escueta e insulsa como la de Juan de Piña. Única ventaja con respecto a las obras de Moya y Vitoria podría haber sido su mayor brevedad, pero era ésta una brevedad que no iba —como decimos— acompañada de calidad, de manera que no hacía verdad el refrán conocido: no ocurre aquí que lo bueno, por ser breve, sea dos veces bueno, sino, más bien —y es una suerte que así sea— que lo malo, por ser breve, haya sido un mal menor. Un mal menor castigado, como decíamos, con la más completa falta de eco y difusión.

Como prueba de su rigurosa dependencia del tratado de Pérez de Moya y de la correspondiente sustitución de la «declaración» por un comentario moralizante más breve, ofrecemos en paralelo los textos de ambos autores relativos a los mitos de Dánae y Narciso, elegidos al azar.

1. A propósito de Dánae:

a) Pérez de Moya, libro IV, cap. 31: *De Dánae*.

Acrisio, rey de Argivos, hijo del rey Abante, que sucedió en el reino a su hermano Prito, según Lactancio, tuvo una hija llamada Dánae; y como el padre quisiese saber el suceso de su estado, demandólo a un oráculo, y fuele respondido: Que el que naciese de su hija Dánae le había de matar. Acrisio, descando excusar esta triste ventura, encerró a su hija Dánae en una fuerte torre, puniéndole guardas para que no pudiese algún varón a ella llegar; porque Dánae, así condenada a guardar perpetua virginidad, no pudiese algún hijo parir, del cual Acrisio, su padre, no tuviese qué temer. Era Dánae muy hermosa; cuya beldad Iúpter oyendo, comenzóla en su corazón a amar, como era hombre inclinado a todo deseo carnal; propuso trabajar cuanto pudiese de haberla, lo cual la grande diligencia de la guarda de Acrisio hacía ser a Iúpter imposible; y no pudiendo haber otra manera, tornóse en pluvia de oro, cuyas gotas por entre las tejas metiéndose, cayeron en el regazo de Dánae, de que se hizo preñada. Acrisio, cuando lo supo, temiendo le avernía lo que le fuera respondido, propuso de matar la hija, porque no saliese a luz aquel de quien hubiese de temer, y mandó para esto hacer una arca muy cerrada, en la cual pusiesen a Dánae y la echasen en el mar para que pereciese. Dánae, puesta en esta caja, rigiéndola su ventura, habiendo parido en el camino a Persco, aportó a tierra de Apulia, en Italia, y siendo hallada de un pescador, la llevó al rey Piluno (que a la sazón allí reinaba), y conocido el linaje de Dánae de Piluno, que era mozo, y viendo su beldad y discreción, recibióla por mujer, en la cual hubo después un hijo llamado Dauno, que sucedió en su reino, de quien Ovidio cuenta la historia. Mas Perseo, viniendo en Argos, trasmudó a su abuelo Acrisio en piedra, mostrándole la cabeza de Medusa.

Declaración.

Por esta fábula quisieron los poetas declarar que lo que de Dios está determinado en ninguna manera se puede evitar. El ser Dánae corrompida de Júpiter en figura de lluvia de oro es dar a entender que este metal fuerza los altísimos muros, y los castísimos pechos, la fe, la honra, y todas las cosas que son de mayor precio en esta vida. Porque según Lactancio y san Agustín, inclinada Dánae con los dones de oro que Júpiter enviaba, consintió que con ella hubiese ayuntamiento, y porque por la puerta no podía, por las guardas, entró por el tejado. Theodoncio dice que siendo Dánae amada de Júpiter, y sabiendo que por el temor el padre la había condenado a perpetua virginidad y prisión, a fin de poder escaparse, cogidas las riquezas que pudo, se entró en un navío, y de Grecia vino a Italia, donde reinaba Piluno, de quien fue recibida por mujer.

Que Perseo trasmudase a su abuelo Acrisio en piedra significa, según Eusebio, que habiendo reinado Acrisio en los Argivos treinta y un años, fue muerto de su nieto Perseo, y a esto dicen convertido en piedra, porque el hombre después de muerto se enfría como piedra.

b) Juan de Piña (p. 40):

Acrisio, rey de Argivos, hijo del rey Abante, que sucedió en el reino a su hermano Prito, tuvo a una hija llamada Dánae; inquirió el suceso de su estado; a un oráculo fue a consultar, respondiendo que el que naciese de su hija Dánae le había de matar. A escusar la profecía la encerró en una torre fuerte con guardas para que ningún varón llegase a ella, a escusar la muerte. Era muy hermosa; Júpiter que lo oyó, la amó. La guarda cuidadosa hacía imposible el caso al dios, y no hallando otro modo, se convirtió en lluvia de oro, cuyas gotas por entre las tejas cayeron en el regazo de Dánae, de que se hizo preñada. Súpolo Acrisio; quisola matar temiendo al que había de nacer; mandó hacer una caja cerrada en que echarla al mar. Habiendo parido en el camino a Perseo, aportó a tierra de Apulia en Italia. Hallóla un pescador, llevóla al rey Pilunio [*sic*], que allí reinaba, y conocido el linaje de Dánae de Piluno, que era mancebo, viendo su beldad y discreción, recibíola por mujer, en la cual hubo después un hijo llamado Dauno, que sucedió en su reino. Mas Perseo, viniendo en Argos, trasmudó a su abuelo Acrisio en piedra, mostrándole la cabeza de Medusa.

Muchas Dánaes ha habido que no han permitido que las vean los dioses con amor, sino con intereses, de que viene haber llegado al estrado primero el oro que el dios, que más imperio que el dios tiene el oro, pues en oro, y no en dios, entró Júpiter en la torre fuerte y guardada, que no hay torre fuerte para el oro, habiéndola para el dios. Y le parecía al descontento disculpar a las Dánaes, que perder la belleza en las escuridades desdoradas no era muy a propósito.

Véase cómo el resumir de Juan de Piña se lleva a cabo sobretodo en lo relativo a la declaración. Prescinde, además, como puede verse, de remitir a la autoridad de cada una de las fuentes antiguas.

2. A propósito de Narciso:

a) Juan Pérez de Moya, libro V, cap. 8: *De Narciso*.

Narciso fue hijo de Liriope ninfa y del río Sefhisso, según Ovidio, donde comienza: *Prima fide vocis*, etc. De quien cuenta que queriendo sus padres saber lo que sería de su vida, lleváronlo a Terisias; éste dijo que sería hermoso y que tendría larga vida si no se conociese. Siendo ya mozo y adornado de grande hermosura de rostro, fue amado de muchas dueñas y ninfas, y principalmente de Eco, y a todas desechaba, no preciando en nada a ninguna. Aconteció que un día, andando a caza, cansado y caluroso, se fue a una muy clara y grande fuente, y queriendo della beber, mirando el agua, se enamoró de una figura que de la suya recudía en el agua. Narciso, creyendo ser alguna ninfa de la misma fuente, tanto della se enamoró y encendió que después de muy tristes palabras de congoja, de no poderla haber a sus manos, murió. Y como después las ninfas, buscando su cuerpo, no le hallasen donde muriera, y viesen una flor que dicen lirio, dijeron el cuerpo de Narciso ser convertido en aquella flor. Desto hace mención Virgilio, donde comienza: *Pro molli violi [sic]*, etc.

Declaración moral.

Por Narciso se puede entender cualquiera persona que recibe mucha vanagloria y presunción de sí mesmo y de su hermosura o fortaleza, o de otra gracia alguna; de tal manera, que a todos estimando en poco y menospreciándolos, cree no ser otra cosa buena, salvo él solo, el cual amor propio es causa de perdición. Por Terisias, adivino, que le dijo que viviría si no se conociese, se entiende el hombre cuerdo, que se conoce y vive según el respecto para que fue criado, considerando de cuán poco valor es la hermosura corporal, y que tarde o temprano los cuerpos de los vivientes se han de tornar polvo, con la cual consideración nunca el hermoso se preciará de su hermosura, ni el fuerte de su fortaleza, ni el sabio de su sabiduría. Mas los que imitan a Narciso, no placiéndoles otra cosa ni pagándose sino de sí mismos y de sus vanas virtudes se enamoran, tornarse han en flor, esto es, que durará todo tan poco como flor, que luego se seca y se marchita. Huya el virtuoso de su propio amor y de la hermosura corporal como de cosa que hace más daño que el fuego, porque éste quema lo que se pone de cerca, y la hermosura, de cerca y de lejos. Por Eco, que ninguna palabra pronuncia, excepto la última sílaba, se entiende la inmortalidad del nombre y fama, que los espíritus altos y nobles estiman mucho, como cosa firme, siendo esto nada.

b) Juan de Piña (pp. 50-50v.):

Narciso fue hijo de Liriope, nimpha, y del río Sefiso. Inquiriendo lo que sería le llevaron a Terisias, dijo que sería hermoso, y tendría larga vida si se conociese. Siendo ya mancebo y de grande hermosura, fue amado de muchas dueñas y ninfas, si más de Eco. A todas despreciaba. Andaba un día a caza y,

muy caluroso, fue a buscar una fuente; llegando a beber le enamoró una figura que era la suya; creyóla nimpha de la misma fuente; tanto de ella se enamoró y encendió, que después de muchas palabras de congoja de no poderla haber a sus manos, murió. Las nimphas le buscaron, no hallaron su cuerpo; vieron una flor que dicen lirio; dijeron que se había convertido en aquella flor.

Más flores que hay en la primavera lograra el más hermoso y gentil en otros siglos, si los Narcisos murieran enamorados de sí mismos y convertidos en flor; si bien que de haber tantos lirios están persuadidas las damas que han muerto muchos Narcisos, que de los Narcisos vivos fuera imposible hacer número. Marte en su esfera quinta desespera de soldados para las batallas sangrientas, de que no el amor para las suyas. Iba procurando que las damas sean Amazonas guereadoras a que no dé fin su reino, que con haberle visto los Narcisos feroz, sangriento, armado de diamante, fuego y luces, no le imitan sino al amor.

Como en el caso anterior, la reducción se opera en la exégesis del mito especialmente, no tanto en su narración. E igualmente desaparece la mención de Ovidio o Virgilio como fuentes, que constaba en Pérez de Moya. Digno de notar es, en el texto de Juan de Piña, la variante «si se conociese», frente al texto de Moya «si no se conociese», que concuerda con el *si se non nouerit* de Ovidio *Met.* III 348; se trata, seguramente, de un error del epitomista.

Y no merece la pena recurrir a más muestras para evidenciar lo ya evidente: desde las consideraciones previas sobre definición de la fábula, sobre el origen de los cultos paganos y sobre los mitos cosmogónicos de los orígenes -con la inclusión ya ineludible de Demogorgón-, pasando por cada uno de los dioses y héroes, sin olvidar el capítulo, genuino de Pérez de Moya, sobre la descendencia de los modorros⁷, hasta llegar finalmente a los mitos infernales, a Caronte, las Parcas, la Noche, la Muerte, el Sueño, las Furias y los Campos Elíseos, todo en Juan de Piña se mantiene, resumido, según constaba en la *Philosophía secreta*. La dependencia no tiene apenas salvedades, y no parece haber ninguna otra fuente, sino el añadido esporádico de alguna consideración personal.

A la *Építome* precede (pp. 1-6v.) una exposición de *La fábula de Endimión y la Luna*, donde se opera del modo contrario: no hay reducción, sino engrosamiento de la narración mítica de Moya (libro III, cap. 4) con toda suerte de glosas y explicaciones simbólicas y evemeristas, no rehuyendo aquí tajantemente (aunque tampoco prodigándose) las citas sobre fuentes antiguas. De nuevo, como supuesta fuente, se interpone el ya conocido «descontento». El estilo indigesto, pedante y pretencioso puede deducirse ya de estas líneas con que comienza la exposición:

⁷ Cf. el artículo antes citado de M.^a C. Álvarez Morán-R. M.^a Iglesias Montiel, p. 189.

Descontento estaba un discreto de no haber admirado en la fábula del pastor Endimión y la blanca Luna sutileza, novedad, vuelo esférico en que pecase el fabulante y en el que el más entendido peca más y es grave culpa y pecado no pecar, que amores de una diosa tan lucida, dejando el cielo por el monte que amaba, donde el pastor bebía sus luces en atento desvelo, pedía deidad célica. Rústico diamante bruto en su mina, estaba Endimión, hasta que divino engaste le igualó con la mayor belleza de imposible esperanza...

Pero, aun siendo la obra de tan menguada calidad literaria, no está de más conocerla y saber su valor como una muestra más de recepción en España de la mitología de Grecia y Roma, como un eslabón más en la cadena de la tradición mitográfica.